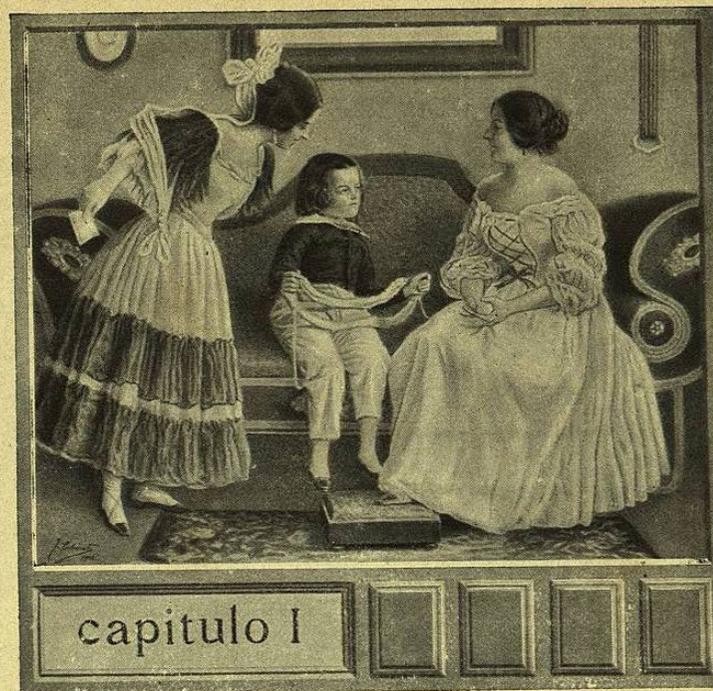


ADVERTENCIA

La fama del ilustre novelista argentino D. Carlos María Ocantos es la mejor recomendación de la obra que ofrecemos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL. En DON PERFECTO nos presenta su autor, enlazados con un argumento en extremo interesante, cuadros de la vida bonaerense bellísimamente descritos y tipos de aquel país admirablemente estudiados, justificándose una vez más en este su último libro el título de creador de la novela realista americana que unánimemente ha otorgado al Sr. Ocantos la crítica.

Creemos, por estas razones, que nuestros suscriptores agradecerán nuestros esfuerzos por proporcionarles las primicias de esta hermosa novela, que, á no dudarlo, figurará entre las mejores obras de nuestra BIBLIOTECA.

LOS EDITORES.



I

Empiezo por declarar que yo no me llamo D. Perfecto. Este es mote que de burlas me pusieron cuando andaba en el mundo, antes que los desengaños, la melancolía y la gota irremediable me confinaran en un rincón de esta quinta de Belgrano, la antigua y hermosa quinta de los Ríquez, heredada de mis padres, y del que ya no saldré sino para ocupar el hondo y obscuro del cementerio. Mi verdadero nombre, como todos saben, es Juan de Dios Ríquez, figurando entre

mis ascendientes y colaterales muchos apellidos ilustres de la aristocracia bonaerense. La famosa misia Transitito Ríquez era tía abuela mía, y en los salones de su nuera Sandalia Esquendo, allá por el 55, salones que fueron el centro de cultura de la época, reflejo y compendio de aquella sociedad, tan distinta de la turbia de hoy, aprendí á bailar, á hablar con las damas y á ser cortés con todo el mundo, lo que ya muy pocos saben y muchos han olvidado.

Debo declarar también que estos apuntes, ó memorias, ó recuerdos ó lo que fueren, que yo escribo á salga lo que saliere, tan sólo por distraer la gota y mi humor de solterón ya septuagenario, no están destinados á la publicidad. Si alguna vez, y á mi muerte, aparecen en letras de molde, conste que no son míos, que son falsificados, compuestos á hurto y por capricho de algún escritorzuelo de estos hambrientos que se alimentan de ideas ajenas y en todos los vedados literarios andan de merodeo. Porque yo pienso que para escribir, así como el escultor ha de buscar la mejor piedra y el mármol más inmaculado, debe saberse mucho de letras humanas y conocer á fondo la lengua y tener la gramática en la punta de los dedos, amén de la chispa ingeniosa y de otras dotes que á mí, ¡infeliz!, me faltan en absoluto, como que jamás la dí de letrado ni he escrito más que planas, de niño, y las cartas corrientes de amistad y parentela. No quiero yo que los que han murmurado de la bondad de D. Perfecto le tilden luego de presuntuoso y le corten sayos porque sin sa-

ber latín se metió á fraile y sin hablar más lengua que el criollo materno quiso echárselas de escritor, y de escritor ameno, la más difícil de las empresas literarias.

Otras dos razones me impulsan á mantener en el secreto y condenar á encierro perpetuo este cuaderno: la primera es que, teniendo por causa única, á mi entender, las desdichas de mi vida mi cualidad de bondadoso, por fuerza ha de sugerir lo que yo escriba que para ser feliz más vale ser pillo que honrado, y de esta amarga deducción se seguirá un mal ejemplo y peor consejo, que libreme Dios del escándalo de darlos. La segunda razón es que, debiendo hablar de mí mismo y citar y probar á cada paso mi ausencia de vicios, así grandes como pequeños, la claridad de mis propósitos, la excelencia de mis intenciones, la pureza, en suma, de mi corazón, rara en quien no está ligado por votos ni vínculos religiosos, humano es, entre humanos anda y no tuvo vocación de santo, ni mucho menos, motivos todos que autorizan el mote de D. Perfecto que me dieron, quizá pareciera inmodesto queriendo ser sincero. Quédese, pues, sepultado en lo más profundo de mi papelera este cuaderno. Nadie más que mi celestial enfermera, Sor Angélica del Corazón de Jesús, la que en el mundo dicen unos que se llamó Pantaleona Pérez Orza y otros Pantaleona Monreal, corriendo á su respecto una extraña historia que aseguran hállase estampada (1), nadie más que ella, digo,

(1) *Misia Jeromita.*

conoce la existencia de estas páginas borroneadas con trabajo y en los cortos momentos que mi sobrino Arturito Ríquez, el más próximo y pegadizo de mis parientes, mi criado *Bullebulle* y el dolor de mis piernas me dejan libres.

Por cierto que cada vez que Arturito entra y me ve con la pluma en la mano, cree que estoy escribiendo mi testamento. Es lo único que preocupa á Arturito, la salud (¡muchas gracias!) y el testamento del tío. Es tan vulgar, tan natural y humano esto, que no le guardo yo rencor, ni me atrevo á censurarle. Arturito es el hijo de un sobrino carnal mío ya difunto; no tiene padres, ni hacienda, ni carrera, ni ganas de trabajar, ni voluntad que no sea para el placer y el derroche de sus tesoros juveniles: ¿cómo no han de preocuparle, pues, la salud y el testamento del tío, de quien desea heredar la quinta esta para comérsela, la casa de la calle de Balcarce para bebérsela y el fuerte depósito del Banco para jugárselo, como tiró su patrimonio único, el campito del Trigal? ¡Pobre Arturito! Viene todos los días y á distintas horas, me hace la rueda, abusa de mi debilidad para negarle el sablazo inevitable y se marcha alegremente. Viene todos los días, pero cada día más pálido; ya tiene arrugas y se va quedando pelón por las sienes y la coronilla. Más joven parezco yo, que pudiera ser su abuelo.

Pues, cuando entra y no escondo á tiempo los papeletes, se escama, sonrío, tose, pregunta y molesta á Sor Angélica, que no lejos de mí zurce bajo las alas blan-

cas de su toca almidonada, en este salón donde paso el día mirando, por la ventana del jardín, el cielo gris del invierno más crudo de que tengo memoria. La hermanita se excusa y yo le tranquilizo diciendo:

— Son cuentas que llevo, hijo. No vayas á creer que es mi testamento. El testamento del tío ya está hecho y en casa del escribano.

Arturito sigue sonriendo, pero no me cree el muy tuno. ¡Pobre Arturito!

Salvo esta visita cotidiana, nadie me molesta. Yo no tengo amigos. He sido demasiado severo para tenerlos. Como no me he doblegado nunca á la maldad y no he cultivado la adulación, ni pagado diezmos al vicio, ni anduve nunca por los oscuros vericuetos donde los amigos pululan y á millares se pescan, me encuentro solo al final de mi camino. Unos me motejaban de raro, otros de mandria, otros de tonto, otros de soberbio y los más de insoportable ó ridículo. Hacían mofa de cuanto hablaba, befa de mis acciones, é ibanse despegando de mí ó yo de ellos.

Estoy solo. Hasta he conseguido, y no es poco conseguir, que el mismo *Bullebulle*, apodo que he puesto á mi criado viejo por su manía alarmista, que todo lo convierte en catástrofes y terremotos, se abstenga de entrar sin el permiso de Sor Angélica.

Puedo, pues, cerrar los ojos y sumergirme en los recuerdos del pasado. Veo á mi padre, á mi madre, á mis dos hermanas, Clara y Laurentina... La casa baja de la esquina de Balcarce, próxima á Santo Do-

mingo, donde vivíamos, porque entonces no había tranvías ni ferrocarril y no pasábamos aquí sino el verano. La negra Marica, mi ama de leche, es sólo una mancha oscura; no la distingo bien. No retengo de su persona más detalles que sus labios pulposos y achocolatados y sus pezones gordos como una mora, á los que me prendía con delicia y de los que sacaba la savia generosa que me daba vida. Quizá no la recuerde bien, porque la pobrecita se murió, andando yo de faldilla todavía, es decir, ¡ayer! Pero á mi padre y á los demás....

Mi padre era médico. Fué compañero del célebre doctor Brown. Hacía sus visitas montado en un caballito *picazo*, al que no había manera de limpiarle bien las corvas por causa de aquellos barrizales en que andaba metido de la mañana á la noche. Tenía mi padre carácter muy manso y era tal cual le presenta la miniatura que está en mi alcoba. Sabía mucho, más por lo que le había enseñado la práctica que por lo que le enseñaron los libros. Lo que puedo asegurar es que Brown le consultaba y otros también, y que en el despachito junto al zaguán tenían sus conferencias, muy largas, en que chupaban sendos mates de leche con canela.

Mi madre era hermosa, y hasta la tachaban de presumida. A ninguno de nosotros nos crió ella. Verdad es que parecía delicada, y por indolencia ó fatiga real, echada en el sofá se pasaba las horas. A pesar de que el retrato suyo que conservo es bueno y me la repre-

senta en actitud señorial, ataviada con joyas y flores y sonriendo á la rosa que sostiene en la mano, á mí se me aparece siempre echada en aquel sofá de crin negra y tallada caoba, quejándose de la cabeza, de los nervios ó del tiempo y despidiéndome cada vez que intentaba acercarme para besarla.

De mis hermanas no tengo retratos. Uno que guardaba de Clara, malísimo daguerrotipo, se traspapeló en la mudanza última de la calle de Maipú. Pero no necesito de ellos para recordarlas: á Clara bonita y esbelta, coquetuela, irascible y pendenciera, y á Laurentina, más bonita que Clara, con aquella verruga en el párpado que constituyó su eterna preocupación, amargó su vida y aceleró su muerte.

Muchas veces oí decir en casa que cuando yo nací parecía un gato mal parido. Nací tan encanijado, pellejudo y menesterozo, que mi padre no daba un real por mi vida. Envuelto en bayetas amarillas me mantenían al calor de un brasero, y por gotas tenía la negra Marica que darme á gustar la riqueza de sus ubres, reventonas de puro repletas y bastantes á criar cuatro mostrencos. Pero, enfermizo y raquítico, no era llorón como todos los que así salen, sino que apuntó en mí desde el nacer la cualidad fatal de bondadoso, y aunque me zarandearan, me molieran y estrujaran, no chistaba; por dejar de llorar, dejaba de mamar muchas horas, y lo mismo en el regazo que en la cuna me estaba tan quietecito, ya durmiendo, ya mirando al espacio, embebecido.

Creo yo que el exceso de buenas cualidades, sin mezcla de humana arcilla en la proporción suficiente para que guarde equilibrio el espíritu, es perjudicial para andar codeándose con la caterva de Adán. Los santos bien están en los altares; los D. Perfectos que no llegan á santos y son poco más que hombres, que no tocan al cielo ni á la tierra y están como suspendidos entre la tierra y el cielo, rechazados de arriba por lo que les queda de hombre y de abajo por lo que les sobra de santo, no son carne ni pescado, son seres desgraciadísimos como todos los que no encajan dentro de los límites de una clasificación cerrada. No sé si me explico, pero ya he dicho que carezco de letras, y la filosofía que de mi relato se desprenda ha de ser la propia y natural de los hechos mismos, no la que yo intentare exprimir por mano propia.

Mi mansedumbre nativa fué motivo de graves accidentes. Como donde me dejaban, allí me estaba, una vez me mordió un perro; prendieronme fuego á la cuna, donde me achicharrara si no me sacan, que yo por mí mismo no saliera, y pasáronme lances semejantes innumerables por la falta de listeza y picardía. Ya emancipado del ama, mis hermanas abusaban de mi paciencia, se burlaban de mi candor y aprovechábanse de mí para sus menesteres, intrigas y trapisondas. Ambas eran mayores que yo de diez años á doce, y sabían muy bien ser déspotas que yo sólo toleraba. Traíanme como zarandillo, yo las servía, las enhebraba la aguja, las sostenía la madeja para que ellas de-

vanaran el estambre y eran mis espaldas el escudo de sus travesuras. Además, de mis juguetes y mis dulces cogían la mejor parte. Mis padres se ocupaban tan poco de mí, como si no existiera aquel paliducho infante que era como niño mecánico ó muñeco articulado, que no llora ni molesta, y en un rincón se deja ó sobre un mueble, con la seguridad de que allí ha de encontrársele luego, tan sensible, sin embargo, por dentro, y de nerviecillos tan vibrantes, que el simple contacto producía el placer ó el dolor intensamente: una palabra áspera, un gesto brusco, una sonrisa, una caricia, la fuga del canario, la muerte del gato y demás motivos para otros insignificantes.

Cuando tuve edad de ir á la escuela, me zamparon primero en una de ambos sexos, de que era directora doña Asunción, ¡qué fea y qué hosca y qué ordinaria era esta doña Asunción!, y luego en otra, de varones, que regentaba un alemán en la calle de Chacabuco, en una casa que todavía existe y ante la cual no pasaba yo sin emoción, cuando pasar podía aún. Pues, lo mismo en la escuela de doña Asunción que en la del alemán bajito, rosado y manso, para quien era yo el modelo vivo de la aplicación y de la buena conducta, sufrí de las bromas y maldades de los compañeros al igual que en casa con mis hermanas. Yo había de pagar siempre el pato de las travesuras ajenas, mis lecciones y *deberes* servían para los desaplicados, de mi merienda comían muchos y yo la menor porción, y en tocando á repartir golpes me caía encima la peor par-